ENRIQUE ANDERSON IMBERT

EL PICARO JUAN DE MAIRENA

Todo poeta lírico, al cantar, se canta a sí mismo, pero Antonio Machado más que otros, pues no sólo su poesía, sino también su filosofía son las de un existencialista. En *Soledades* (1903) y *Soledades, galerías y otros poemas* (1907) se autocontempló angustiadamente: lo que contemplaba era una intimidad de recuerdos. En *Campos de Castilla* (1912) pareció que iba a extrovertirse con la intención de describir el mundo; pero en *Nuevas canciones* (1924) vuelve a ensimismarse, sólo que esta vez con formas breves y sentenciosas. En *Cancionero apócrifo de Abel Martín,* 1931 (o «Ultimas lamentaciones de Abel Martín» de *Poesías completas,* tercera edición, 1933) piensa en el tiempo, el amor, la muerte, el misterio de la vida, la poesía como metafísica y la metafísica como poesía. Asombrado —e irónico ante su propio asombro— piensa en esos grandes temas prescindiendo de Dios, dudando de la razón y esperanzándose en una posible comunión de espíritus conversadores. Sus meditaciones son anti-sistemáticas porque desconfía de los sistemas. Su luz avanza en las tinieblas e ilumina «lo otro» sin poder ver lo que ilumina. Entonces busca las formas desordenadas que mejor le sirven para el desorden de sus meditaciones. Ahora, en *Juan de Mairena* (Madrid: Espasa-Calpe, 1936), Antonio Machado inventa a un profesor en cuyo prisma escéptico se le irisa la luz.

Hay muchas clases de escepticismo. En Juan de Mairena el escepticismo es fuente de buen humor:

> Contra los escépticos se esgrime un argumento aplastante: «Quien afirma que la verdad no existe pretende

que eso sea la verdad, incurriendo en palmaria contradicción.» Sin embargo, este argumento irrefutable no ha convencido, seguramente, a ningún escéptico. Porque la gracia del escéptico consiste en que los argumentos *no le convencen.* Tampoco pretende él convencer a nadie» (10-11).

Llevo conmigo un diablo —no el demonio de Sócrates—, sino un diablejo que me tacha a veces lo que escribo, para escribir encima lo contrario de lo tachado; que a veces habla por mí y otras yo por él, cuando no hablamos los dos a la par, para decir en coro cosas distintas. ¡Un verdadero lío! Para los tiempos que vienen, no soy yo el maestro que debéis elegir, porque de mí sólo aprenderéis lo que tal vez os convenga ignorar toda la vida: a desconfiar de vosotros mismos» (42).

Por momentos parece que esta colección de sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo gravita en la órbita de la literatura picaresca. Entendámonos: una picaresca de la inteligencia, no de la conducta. Lo característico de Guzmán de Alfarache, pongamos por caso, era que Mateo Alemán, por no creer en casi nada, pintaba el mundo como representación y voluntad de un pícaro. En otro plano, el de la dialéctica, Juan de Mairena parece a primera vista un pícaro intelectual que, por dudar de todo, se burla de lo humano y de lo divino. Pero a poco que lo estudiemos veremos cómo, detrás de su radicalísimo escepticismo, hay una suprema probidad. En el pícaro Mairena no todo es zumbón descreimiento: a veces la fe se levanta en un puño cerrado.

José Moreno Villa, al comentar aquella copla de la encina:

Brotas derecha o torcida
con esa humildad que cede
sólo a la ley de la vida,
que es vivir como se puede.

observó que si todas las lecturas de Antonio Machado —Croce, Bergson, Simmel, Scheler, Husserl, Heidegger *et al*— venían a concentrarse en una frase tan común —la ley de la vida es «vivir como se puede»— esta frase probaba solamente el triunfo en su estilo de lo popular sobre lo culto, pero que, acongojada en su boca de poeta puro, no debía confundirse con la misma frase en boca del canalla que la usa para justificar sus canallerías. El escepticismo de Juan de Mairena —«nosotros los escépticos o filósofos propiamen-

te dichos» (110)—, aunque lleno de picardía, no es el «escepticismo dogmático» del pícaro. Más bien es el del hombre perplejo ante una realidad problemática: «la regla ideal sólo contendría excepciones» (104); «yo os aconsejo una posición escéptica frente al escepticismo» (106).

En *Juan de Mairena* el diálogo con Abel Martín, los alumnos de sofística y los amigos de la tertulia toca todos los problemas, pero se demora sobre unos pocos: la vida y la conciencia, el individuo y la sociedad, la temporalidad de la existencia personal, la otredad y la nada, el pensamiento homogeneizador de la lógica y el pensamiento heterogeneizador de la poesía («perdonadme —dice Mairena— estos terminachos de formación erudita porque en algo se ha de conocer que estamos en clase, y porque no hay cátedra sin un poco de pedantería», 88).

Un lector podría entresacar, de este libro fragmentado en aforismos, chistes, escolios y anécdotas, el pensamiento unitario de Machado. Si restaurase el implícito sistema de ideas se perdería lo mejor de *Juan de Mairena,* que es su traviesa dispersión. En cambio, descubriría cómo el autor ha ido distribuyendo a pedazos, por aquí y por allá, ensayos de sólida congruencia. En la primera lectura uno admira la gracia, la agudeza, la concisión y el chisporroteo de intenciones. En una segunda lectura distinguimos las series de temas esenciales y admiramos una de las actitudes filosóficas más firmes que nos ha dado España. Mairena es mejor profesor de filosofía que Unamuno u Ortega y Gasset. He aquí una lección:

> Algún día —habla Mairena a sus alumnos— se trocarán los papeles entre los poetas y los filósofos. Los poetas cantarán su asombro por las grandes hazañas metafísicas, por la mayor de todas, muy especialmente, que piensa el ser fuera del tiempo, la esencia separada de la existencia, como si dijéramos, el pez vivo y en seco, y el agua de los ríos como una ilusión de los peces. Y adornarán sus liras con guirnaldas para cantar estos viejos milagros del pensamiento humano.
>
> Los filósofos, en cambio, irán poco a poco enlutando sus violas para pensar, como los poetas, en el *fugit irreparabile tempus.* Y por este declive romántico llegarán a una metafísica existencialista, fundamentada en el tiempo; algo, en verdad, poemático más que filosófico. Porque será el filósofo quien nos hable de angustia, la angustia esencialmente poética del ser junto a la nada, y el poeta quien nos parezca ebrio de luz, borracho de los viejos

superlativos eleáticos. Y estarán frente a frente poeta y filósofo —nunca hostiles— y trabajando cada uno en lo que el otro deja (227).

El escepticismo de Mairena es creador. Su propósito es «enseñar a repensar lo pensado, a desaber lo sabido y a dudar de la propia duda, que es el único modo de empezar a creer en algo» (236). Esta honrada actividad escéptica lo va encerrando en un laberinto sin salidas. Al llegar allí la metafísica se evade por los tejados, la lógica se salta los sesos y la poesía, la única que acepta la autenticidad del callejón sin salida, entorna los ojos y empolla.

¿Por qué?

> El alma de cada hombre —cuenta Mairena que decía su maestro— pudiera ser una pura intimidad, una mónada sin puertas ni ventanas, dicho líricamente: una melodía que se canta y escucha a sí misma, sorda e indiferente a otras posibles melodías —¿iguales?, ¿distintas?— que produzcan las otras almas. Se comprende lo inútil de una batuta directora. Habría que acudir a la genial hipótesis leibnitziana de la armonía preestablecida. Y habría que suponer una gran oreja interesada en escuchar una gran sinfonía. ¿Y por qué no una gran algarabía? (10).

El hombre, pues, es una mónada sin puertas ni ventanas, ansioso de lo que cae al otro lado del yo, pero destinado (¡oh Protágoras!) a ser la medida de todas las cosas: «Acaso diríamos mejor: el hombre es la medida que se mide a sí misma o que pretende medir las cosas al medirse a sí misma, un medidor entre inconmensurabilidades. Porque lo específicamente humano, más que la medida, es el afán de medir» (328). Sólo que el hombre no entenderá jamás las cosas que mide «sin mejorar antes sus entendederas» (168). Su lógica es una lógica con falsas apariencias de salud. Por dentro, vive la carcoma. Sólo la sostienen unos supuestos indemostrables, postulados de razón a los que llamamos, presuntuosamente, «principios de la lógica». No existen. Ni existen los principios —que se demuestre A, igual A— ni las formas —que se demuestre la validez de un silogismo—. Esta lógica escamotea la realidad heterogénea y la sustituye con palabras. El denominador común entre la lógica y la realidad a la postre resulta ser una metáfora. Por eso nuestra actividad racionante «es, en último término, un análisis corrosivo de las palabras» (299).

El hombre hace también metafísica. Es un acto de fe en lo que se sospecha al borde de la nada. Esta metafísica funciona en el vacío o se anonada en angustia. (Las disidencias entre el metafísico Abel Martín y su agnóstico discípulo Juan de Mairena ocurren en la misma alma de Machado; es diálogo interior, de pudores y sonrisas.)

La poesía da en el clavo. Así parece. El ser poético no plantea problemas ontológicos: «se revela o se vela, pero allí donde aparece, es» (199). La poesía, pues, es afirmación de una realidad absoluta (196 *et passim*). La realidad absoluta consiste en que el poeta ve, y esta visión es una evidencia de la que no se duda. De lo que el poeta piensa, de eso sí sigue dudando. El poeta puede ser escéptico y al mismo tiempo entretener su hambre metafísica con asombros y melancolías. Pero, ¡ojo!, lo esencial es que el poeta sienta la realidad henchida de confusión y misterio, intensamente concreta y temporal, y que sepa expresar las visiones de su experiencia:

> La poesía es —decía Mairena— el diálogo del hombre, de un hombre con su tiempo. Eso es lo que el poeta pretende eternizar, sacándolo fuera del tiempo, labor difícil y que requiere mucho tiempo, casi todo el tiempo de que el poeta dispone. El poeta es un pescador, no de peces, sino de pescados vivos; entendámonos: de peces que puedan vivir después de pescados (60).

Hermoso, el capítulo XXXI sobre el poder desrealizante de la razón, que busca un principio unitario y termina en la nada, y el libre poder de la intuición poética, que salva la riqueza y variedad del mundo. Por el camino de la duda venimos a parar así en la afirmación de la libertad; libertad que, en el acto de la creación artística, hace del hombre un dios.

Sur, Buenos Aires, año IX, núm. 55 (abril de 1939), páginas 54-56.